

inserción de los militantes del barrio en la Juventud Peronista Lealtad, a través de su propia agrupación, “Soldados de Perón”.

La investigación de Javier Salcedo, debido a la originalidad de su objeto y a lo minucioso de su reconstrucción del ámbito local, provoca preguntas antes que críticas. Metodológicamente, el trabajo descansa en buena medida en las entrevistas realizadas a los militantes de Moreno, debido a que entre 1968 y 1974, solamente se publicaron dos documentos del mismo núcleo de activistas. Por eso, las preguntas giran en torno a las versiones que aportan las entrevistas, y los resultados casi siempre coinciden en subrayar el maquiavelismo y la manipulación de la conducción nacional de Montoneros, en la misma línea de los testimonios. En este punto cabe recordar que la historia reciente trabaja sobre un sujeto de estudio que interviene de manera inconsciente o deliberada en la configuración de su propio pasado, borrando huellas incómodas o bien testimoniando no desde los cortes, las rupturas y los traumas de ayer, sino de su propia racionalización *ex post facto*. Un ejemplo de este problema aparece con la supuesta campaña de autoatentados realizada por Montoneros, según el autor, entre fines de 1973 y comienzos de 1974. Por más verosímil que sea esta versión, lo relevante es que se la confirma a partir de tres testimonios, sin llegar a la necesaria saturación que recomienda la metodología de la historia oral. Otro interrogante es cómo saltar de la particularidad del caso local a la dimensión nacional de la organización: en *Los Montoneros del barrio* los comportamientos organizacionales más generales se explican a partir de la dinámica local de Moreno, argumentando que no es posible estudiar a los Montoneros como un todo. Habida cuenta de los beneficios que trae este movimiento de detotalización por la multiplicación de los estudios de caso locales y provinciales, lo que todavía nos falta es justamente una “historia total” de los Montoneros, capaz de reconstruir la lógica de funcionamiento nacional desde las dinámicas locales y provinciales, así como anudar las diferentes etapas de la organización, desde los orígenes hasta la Contraofensiva de 1979-1980. Situado en esa secuencia, *Los Montoneros del barrio* puede ser visto como un eslabón necesario de una historia que todavía no ha sido recorrida en toda su dimensión.

**Esteban Campos (UBA - CONICET)**

\* \* \*

**Leonardo Padura, *El hombre que amaba a los perros*, Buenos Aires, Tusquets, 2009, 768 pp. (reed. 2012).**

“La vida [...] es más ancha que la historia”, parafrasea Leonardo

Padura a Gregorio Marañón en las páginas iniciales de *El hombre que amaba a los perros*, novela publicada en 2009 y que ha gozado, hasta el momento, de un rotundo éxito de ventas en las librerías comerciales, alcanzando varias ediciones y reediciones así como también reportado a su autor numerosos premios, menciones y reconocimientos a nivel mundial.

Novela histórica con elementos de ficción, ficción con trasfondo histórico o, aunque menos sea, reconstrucción literaria de tres trayectorias de vida, la obra del escritor cubano presenta una dosis alta de las grandes ideas políticas que guiaron la revolución bolchevique de 1917, junto al espíritu de una época convulsionada, signada por las crisis, las guerras y las revoluciones.

Y quién mejor para hacerlo que el periodista de oficio, guionista, cuentista y conspicuo novelista policiaco, Leonardo Padura, de fama notable en el mundo literario gracias a su desordenado y descontento personaje, frecuentemente borracho y que “arrastraba una melancolía”, el detective Mario Conde, protagonista de la tetralogía de novelas “Cuatro estaciones”. Al decir de Padura, “No es que sea mi *alter ego*, pero sí ha sido la manera que yo he tenido de interpretar y reflejar la realidad cubana”. Algo similar sucede con *El hombre que amaba a los perros*.

De principio a fin, la lectura de cada capítulo alterna de modo casi adictivo las historias cruzadas de los personajes, haciendo que el tránsito por terminar esta novela se torne un frenesí hacia su completitud. Es que *el planeta sin visado* de Trotsky en Alma Atá, hacia 1929, y la condena de la burocracia soviética al exilio permanente (capítulo final de *Mi vida*, recientemente reeditado por ediciones IPS) es el puntapié inicial para recorrer varios de los episodios más decisivos de la lucha de clases mundial durante el siglo XX. Son narrados, entre otros, la burocratización del estado soviético, las purgas estalinistas, el estrangulamiento de la revolución española y, en fin, tal como caracterizó de forma global en su momento el propio Trotsky, el aborto de la más grande experiencia histórica de las masas en su conquista del poder político y la transición al socialismo.

Es significativa, a su vez, la recuperación de la dimensión personal y política que entraña la figura fáustica de Ramón Mercader, devolviendo, de esta manera, la historia a sus bases reales y concretas: ex agente del Partido Comunista español e hijo de una militante también comunista (Caridad Mercader), el sicario de Stalin se formará políticamente en su juventud masacrando a los militantes del frente revolucionario, durante el transcurso de la guerra civil española. En este sentido, el voltaje mayor de la obra está centrado, indudablemente, en la experiencia personal, formación y desarrollo de un cuadro político contrarrevolucionario vuelto asesino serial y la nube de móviles y pensamientos que

atravesan su cotidianeidad más inmediata. Así aparece el juicio de los acontecimientos históricos a través del prisma vital de Mercader, quien acecha de modo cada vez más cercano a su víctima, combinando exquisitamente una pieza de literatura policiaca con su contraparte histórico-revolucionaria.

Quizás en este último reducto es donde Padura logra el mayor toque de originalidad al trazar el cuadro más mundano del conjunto de condiciones que rodearon el aislamiento y exilio político forzado de León Trotsky en México. En efecto, allí donde se detiene la autobiografía del dirigente bolchevique es donde Leonardo Padura busca profundizar una faceta del revolucionario ruso que raya, en muchos casos, el rotundo sentimentalismo o la mera acusación de frases extraídas, de modo simplista, de cualquier publicación de corte liberal sobre la revolución rusa. No obstante lo cual, no deja de ser interesante la revisión de algunos acontecimientos significativos en el tramo final de la vida de Trotsky, tales como el tan afamado y proclamado *affaire* con Frida Khalo, esposa del muralista Diego Rivera quien, justamente, le prestaba asilo en su propio hogar, tanto a él como a su familia, o la constante peregrinación por la morada azteca de trotskistas desorientados y admiradores circunstanciales.

En realidad, sucede lo que con toda novela histórica-ficcional: el autor, finalmente, comienza a tomar, entre sutil y groseramente, una posición definida a favor de una determinada visión de la historia, lo cual implica un planteo político implícito e inmanente, o sea, aquella batería de formulaciones que se derivan del supuesto papel constitutivo y constituyente de la violencia (tanto material como política) que habría sido puesto en juego desde un primer momento de la revolución, tanto por Lenin y Trotsky, como, luego de 1924, definitivamente por Stalin. Existiría una ligazón fundamental entre totalitarismo, centralismo democrático y estado soviético (junto a su antítesis necesaria: la democracia burguesa) que convierte, a este último, en una suerte de capitalista colectivo que operaría por fuera de las relaciones concretas entre las personas, es decir, desconociendo la acción política de las masas y el carácter realmente de gendarme que informó al régimen político estalinista.

Más allá de estas deformaciones, se insinúa el debate más trascendente que queda planteado a la muerte de Trotsky, es decir, la lucha política por imponer una caracterización determinada sobre el porvenir de la revolución mundial y, particularmente, una homogeneidad política en torno al contenido y razón de ser respecto de las fuerzas sociales tendientes hacia la contrarrevolución política y la restauración capitalista.

Por último, claramente la tercera de las historias, acerca del joven

cubano marginado en su propio país y oprimido por el régimen castrista cubano, simula ser una suerte de confesión emocional y denuncia política del propio Padura más que un aporte específico al desarrollo de la trama, y uno mismo acabaría por quedar, muchas veces, preso del engorro por querer llegar al siguiente capítulo de Trotsky o de Mercader, si no fuera por los perros corriendo alrededor de la escena, los cuales nos recuerdan el título de la obra y la interesante propuesta de incorporar la relación con las mascotas de cada uno como singularidad aparte y parte ociosa (necesaria) de la vida cotidiana.

En líneas generales, se trata de un *racconto* por lo demás atrapante, repleto de recursos literarios atractivos y diálogos inteligentes que se entremezclan sin solución de continuidad en un cauce más que llevadero. Claro está, queda como tarea pendiente al resto de las jóvenes y nuevas generaciones el someter estos planteos a una crítica tenaz e implacable sobre su actual vitalidad en relación al cuadro general de crisis mundial y barbarie capitalista. Retomando la famosa expresión del historiador francés Lucien Febvre: “La historia cosecha los acontecimientos del pasado, amplificándolos o no en función de las necesidades presentes. Es en función de la vida que interroga a la muerte”.

**Walter L. Koppmann (UBA)**

\* \* \*

**Gonzalo Pérez Álvarez, *Patagonia. Conflictividad social y neoliberalismo. El noroeste de Chubut (1990-2005)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2013, 358 pp.**

El período de aplicación de las políticas neoliberales en nuestro país y el conflicto social que caracterizó a la década del 90 ha supuesto para la historiografía reciente un primer desafío de enfoque cuyo núcleo heurístico podríamos resumir brevemente en los intentos de acercar respuestas a la relación de las radicales transformaciones estructurales que se verificaron en el período menemista y una explicación de la morfología que el conflicto social fue adoptando con centralidad en la combatividad obrera. La pretensión se complejiza a la hora de pensar dicha relación tratando de adoptar una metodología que desde el marxismo sustente un análisis objetivo basado en presupuestos científicos. Si le sumamos la estrategia de depositar la mirada del historiador tratando de articular los diagnósticos de la etapa en términos nacionales con lo acontecido en una región determinada el cuadro teórico metodológico nos coloca ante una apuesta aún más desafiante. El trabajo del investigador Gonzalo Pérez Álvarez sobre los conflictos sociales en la región noreste chubu-